Eterno amor.

Luisfe

Capítulo 1

Le decían el perro viejo, pero como todo en la vida, no siempre fue viejo ni tampoco perro. Nació inmerso en la pobreza, entre habitaciones hechas de cajones, en un campo minero donde apenas caminó, tuvo que tomar un pico y una pala y ponerse a trabajar. Mientras crecía el aire seco curtía su piel, el sol dejo huellas en su rostro, marcas que ni el tiempo pudo borrar.

A los doce años, él se enamoró por primera vez. Entre risa de pillería me contaba entre susurros que era una muchacha mayor que él y que además era la hija del señor más reconocido del recinto minero. Le miraba sus piernas , largas y morenas. Era la única chiquilla que no usaba ropa de saco. No. Ella llevaba vestido, delgado y suave que hacía traslucir su silueta femenina, Mario, como se llama el perro viejo quedaba embobado, pero ella no lo tomaba en cuenta, ni para jugar a las escondidas, ni ningún otro juego. Sin embargo, él sentía que ella lo miraba de repente y eso calentaba en su cuerpo más que el sol pampino.

Los años siguieron pasando y el perro viejo tenía grandes responsabilidades, era el mayor de cinco hermanos, su padre había fallecido y con los pequeños trabajos de su madre, no podían subsistir. –Mario, hace falta dinero. Tienes que ir a trabajar- Le dijo un día su madre, y con sus escasos chilpes y una miseria de dinero emprendió viaje a buscar nuevas oportunidades.

En su camino por la pampa, conoció a un sinfín de gente, que con el tiempo se volvieron amistades y bueno, una que otra enemistad. Pensaba en su madre, lo más importante para él y también en sus hermanos, y a veces en la noche solitaria, recordaba a Lala, su amor de juventud. Cada vez se le hacía más sencillo encontrar trabajo ya que la mina y la pampa eran vena y arterias en su cuerpo. Nunca se quejó, nunca lloró, el orgullo por delante y la debilidad por detrás, y así reunió con los años dinero suficiente para poder mantener a su familia.

En un camino costero cerca de Domeyko, Mario vio bajando de un cerro a una joven pastorcita. Llevaba sobre su cabello rizado un sombrero de mimbre y traía un vestido celeste, iba descalza por sobre las piedras y con un bastón guiaba a todas las ovejas para que entraran en el corral. Ella lo miró también y allí el perro viejo supo que nuevamente se había enamorado. El amor es a primera vista y ellos nunca más dejaron de verse. Ella le invito a su casa, le presentó a sus padres, tan desconocidos para él como la muchacha, que dijo llamarse Olga. Le dio acogida y allí se

quedó unos días. Pero al momento de partir, algo sucedió. Mario estaba enraizado, no podía dejar el lugar, no pudo dejarla a ella. Pero tenía responsabilidades que cumplir, por lo que durante varios años se quedó realizando trabajos en la cercanía del lugar.

Sus hermanos crecieron y Mario no era tan imprescindible, por lo que a la edad de veinte años se llevó a la Olga consigo y juntos partieron a buscar nuevas oportunidades. Mario hacía todo lo posible para que nada le faltara, pues su madre y su mujer son lo más importante en su vivir. Tuvieron una vida de nómades por alrededor de un año, visitando lugares por aquí y por allá, pernoctando desde posadas hasta corrales, pero siempre se las arreglaron juntos.

Ambos llegaron a la ciudad de Vallenar y Mario tuvo el suficiente dinero para adquirir un hogar, algo tenía aquella seca ciudad que le dio la certidumbre para formar una familia. Y al año llegó entonces su primer bebé. Ricardo, hermoso pequeño, muy inteligente, muy fuerte y con el tiempo fueron llegando más y más. Alina, Isabela, Rubén, otro Mario. Con tantos pequeños, Mario ya no podía costear sus necesidades, por lo que una mañana dejó una carta en la mesa y se fue de su hogar a buscar oportunidades en el árido norte pampino.

El viaje fue más solitario esta vez, extrañaba a su Olga y a sus hijos, pero él siempre fue fuerte y muy obstinado. –En la vida uno mismo es lo que vale y con eso le darás valor a los demás- Me decía cuando en tiempos de estropicios perdía la confianza en mí. –Lo bonito de la vida es cuando no se anda mintiendo. Pero a veces hay que mentir, cuando de ella depende la vida o cuando de ella depende el amor-. En su camino quizás tuvo una que otra a aventura, pero tenía su objetivo bastante claro y él corazón puesto en su Olga. Pasaron alrededor de cinco años hasta que pudo tener la estabilidad suficiente como para volver a su hogar.

La casa estaba diferente, pintada de color amarillo. Al golpear la puerta, le abrió un pequeño, era Ricardo, su hijo mayor. Lo había dejado de chicuelo y al verlo tenía alrededor de nueve años. -¡Papá!- Le gritó y lo abrazó. Detrás del pequeño él pudo ver a su eterno amor. Allí estaba Olga, con sus rizos bajo un sombrero, con sus mirada húmeda y rodeada de pequeños. –Perdóname Olga, pero no puedo vivir sin ti. Hice de todo para que no les falte nada y por lo visto has cuidado a los pequeños muy bien. Aquí me quedaré y ya no me iré, si me lo permites- Olga lo perdonó, pues cuando el amor es sincero, ni el tiempo ni la muerte puede vencerlo.

Ahora yo veo al perro viejo después de tantos años. Tiene noventa y un año, está sentado en su sillón y a su lado su Olga lo acompaña. El viejo tiene silicosis, detectada hace más de treinta años, pero aun así sigue parado, vivo, estable y muy consciente. A veces, más que yo mismo. Puede que sea más duro que una roca o más frio que un cubo de hielo, pero se sincera conmigo, me abraza, me dice que me quiere. Me hace

sentir especial, en éste frio mundo del cual yo no estoy acostumbrado. Quizás también soy de su época, el dice que soy la reencarnación de su abuelo, que por coincidencia de la vida llevo puesto el mismo nombre de él.

El perro viejo es mi abuelo y su Olga mi abuelita. De ellos dos puedo darme cuenta de que de verdad el amor existe y que no es una fantasía, ni un mito ni una irrealidad. Que, a pesar de los altos y los bajos, se puede seguir adelante –El amor es muy grande Luchito, quizás lo más grande de la vida, pero tienes que saber controlarlo-. Y así lo haré abuelito. Que la vida te de muchos más días felices a ti y a tu Olguita querida.

Yo de aquí le agradezco al cielo y a Dios por tenerlos a mi lado, pues su historia y sus vivencias, son mi más grande inspiración.